

III

Autores dramáticos de otros siglos:

DIONISIO SOLÍS

No hemos de negar que fué el siglo XVIII para nuestra escena siglo de lamentable decadencia, no sólo en lo que podía referirse a las obras dramáticas, sino también a sus grandes intérpretes.

Los grandes modelos del siglo anterior, del llamado Siglo de Oro, eran olvidados, o se trataba de imitarlos en forma nada plausible. Apenas si descollaba un literato que este nombre mereciera, como los Moratines, Luyando, Iriarte o algún otro.

Una turba de noveles emborronadores de cuartillas, haciendo caso omiso de las bellezas clásicas de nuestra Literatura, buscaban argumentos, a veces disparatados, en los dramáticos extranjeros, sin meditar que éstos habían hallado sus inspiraciones más lucidas en los fundadores y sostenedores de la escena española, hasta el punto que figuras tan eminentes como Corneille, Molière, Goldoni y varios más no se desdeñaron de ampararse bajo la sombra de estas joyas de la Literatura española.

Entre los autores dramáticos que pueden excepcionarse como de mérito, entre los que figuran en las postimerías del siglo citado, se cita a Dionisio Solís.

Un notable escritor que llegó a conocerle escribía:

“Contemporáneo, fué amigo de Moratín otro hombre, otro escritor dramático distinguido, que, a solas, en la obscuridad y batallando siempre con obstáculos casi invencibles, dedicó toda su vida al culto de las musas, les debió favorables inspiraciones; enriqueció con muchas obras nuestra escena y, por una calamidad incomprendible, o como si le hubiese destinado la Providencia a vivir y morir obscuro, jamás debió una señal de aprecio a su país ni una voz de aplauso a la fama.”

Era éste don Diego Villanueva y Ochoa, conocido con el sobrenombre de Solís.

Nació en Córdoba, en 1772, y fueron sus padres don Juan de Villanueva y doña Antonia Rueda.

Hizo sus primeros estudios en Sevilla, asistiendo a las clases de Latín y Retórica y Poética, teniendo por su maestro al literato don Faustino Matute y Gaviria, gran amigo del poeta Pablo Forner.

Tenía tanta facilidad para estas enseñanzas, que a los catorce años ya había traducido en versos castellanos varias odas de Horacio y escrito buen número de poesías, que Matute enseñó a Forner, mereciendo que éste las comparase con las de fray Luis de León, llamando al joven poeta el *León moderno*.

Se empeñó su familia en que estudiase Música, accediendo gustoso Dionisio, que entró a recibir lecciones, en Sevilla, del maestro Ripa, que dirigía la capilla de la Santa Iglesia Catedral, y era varón de justo crédito. En el violín adelantó bastante.

Siendo difícil la situación económica de sus padres, Solís no quiso serles gravoso, y se contrató con una com-

pañía de faranduleros que iba a representar a los corrales de comedias de Levante.

En 1787 estaba contratado como músico en Valladolid, en la compañía de Juan Solís, que ignoramos si sería pariente suyo. En esa compañía iban también Juana Solís; Antonia Rueda, como primera; la graciosa Benita Aznar, el cantante José Herrando, el gracioso Matías Callejo y el barba Vicente García.

A pesar de la vida de actividad que debía llevar, de la poca ciencia de sus compañeros y de los escasos recursos con que contaba, Dionisio Solís estudiaba sin descanso y sin maestro. Por el esfuerzo propio, aprendió la Historia, Lógica, Ética, Geografía, Economía Política, Legislación y los idiomas latino, griego, francés, italiano e inglés. No descuidaba escribir poesías ni traducir a los clásicos.

En 1799, dejando, relativamente, en el abandono el violín, se vino a Madrid contratado como apuntador y en las listas de la temporada de 1800 apareció su nombre en la compañía del coliseo del Príncipe. En este año fué cuando se dió a conocer como excelente autor dramático, estrenando en el coliseo de la Cruz, el día 30 de enero, la traducción del drama *Misanropía y arrepentimiento*, que fué la obra cumbre de aquella eminenencia artística que se llamó Rita Luna.

En 1802 se le designó en unión de los actores Pinto y Pérez (Rafael) para formar las compañías de la corte, y en 1805, unido al primer galán Ponce y a Juan Carretero, elevó queja al Gobernador del Consejo protestando de las facultades que para formar compañía se le habían dado a Pinto.

Debieron nacer hondos disgustos, y sin duda para

acallarlos se le trasladó como consuetud del corral de la Cruz al del Príncipe. Allí debía estar descontento y no cesó hasta conseguir se le repusiera en su primitivo destino, lo cual consiguió en 23 de septiembre de 1805, al empezar la temporada de invierno.

Estuvo casado Solís con la actriz María Ribera, hija del autor Eusebio Ribera, la cual trabajó mucho tiempo en los teatros de la Corte.

En 1807 obtuvo grandes éxitos con el arreglo del *Orestes*, de Alfieri, que estrenó la compañía del Príncipe, en 30 de enero.

Llegó el famoso 2 de mayo de 1808, y Solís, que era un verdadero español, se sintió indignado ante aquellas sangrientas escenas, ordenadas por quien se creía soberano de toda Europa, sin prever que España había de ser la primera en eclipsar aquellas glorias, efímeras como todo lo que es humano.

A pesar de tener esposa e hijos, empuñó su fusil y se alistó como simple granadero en el segundo Batallón de Voluntarios de Madrid. Combatió con valor, y en la acción de Uclés fué hecho prisionero por los franceses. Lo trataron bastante mal en su cautiverio, llegando a enfermar, y al verlo invadido por el tifus lo trajeron a Madrid sus carceleros.

Recobró la libertad gracias a las gestiones que hizo su esposa cerca de los Ministros de José I.

Cuando los franceses tuvieron que abandonar España, regresando Fernando VII de su cautiverio, Dionisio Solís no ocultaba sus afectos a las Cortes de Cádiz y sus ideas favorables a la Constitución del 19 de marzo de 1812. Esto le acarreó disgustos, y en la noche del 10 de mayo de 1814, cuando eran presos por aque-

llas turbas exaltadas el eminente poeta Quintana, el sabio sacerdote don Juan Nicasio Gallego, el eminente actor Isidoro Máiquez, el empresario Bernardo Gil y otros, fué también entre esbirros a dar con sus huesos en las prisiones de la Corte nuestro biografiado.

Pronto debió recobrar la libertad, pues siguió desempeñando su oficio de apuntador en el Príncipe, por cierto con el mezquino sueldo de *doce reales*.

En 1818 se retiró de la escena; pero Moratín, que seguía siendo su mejor amigo, le escribió una carta animándole a que se dedicase de lleno a las letras, aunque concluía por decir que en la vida no había cosa mejor que no hacer nada.

Desde 1820 a 1823 figuró entre los entusiastas de Riego, acompañando en este último año a Cádiz al Gobierno Constitucional, lo cual le valió después un fallo de confinamiento a Segovia y un rigor por parte de la censura que le prohibió muchas composiciones y le tachó parte de otras.

Dionisio Solís era muy respetado en su tiempo por los escritores y actores.

Hartzenbusch, en 1839, escribía:

“La única persona de quien recibía consejos Máiquez, en lo perteneciente a su arte, era del apuntador Solís. Ensayaba Isidoro un día el papel de *García del Castañar* y llegando al conocido verso

“*Yo sé la mujer que tengo*”,

aquel gran actor dió a la frase una expresión fuerte de resentimiento, de enojo. Solís le interrumpió para decirle que García, hallándose tan seguro de la virtud de su esposa, debía pintar esta seguridad, esta tranqui-

lidad en aquellas palabras. Máiquez se rindió al punto a una observación tan justa.”

“En la tragedia *Numancia* acostumbraba Máiquez también a pronunciar con énfasis aquellos dos versos de Megara.

*“Scipión, carne humana nos mantiene;
la sangre de los cuerpos beberemos.”*

Solis le replicó:

—Si ve Scipión que le dan a gritos esa respuesta, le parecerá una fanfarronada, se reirá de ella y creará que el General Numantino en nada piensa menos que en cumplirla. Es necesario que se vea ahí la calma terrible del hombre que ha tomado una resolución cruel, pero firme, irrevocable.

Máiquez contestó:

—Todos los galanes que antes que yo han hecho este papel, gritaban aquí, y con un auditorio acostumbrado a esto, si no chillo, disgusto, y la tragedia pierde.

Se ve por los ejemplos citados que Solis conocía el arte de la Declamación y por el postrero que Máiquez conocía al público.”

Sus últimos años fueron bastante tristes, dedicado especialmente a la refundición de comedias clásicas. Rara vez iba por los escenarios. ¡Había recibido tantos desengaños!

Murió, olvidado, en Madrid, en agosto de 1834.

Dejó tres hijos, a quienes educó en el amor a la honradez y el odio a las tablas.

He aquí ahora el catálogo de las comedias suyas que recordamos:

Amantes y celosos, todos son locos, comedia de Lope de Vega, refundida.

Amor secreto hasta celos, comedia en tres jornadas por Lope de Vega, refundida.

El Astrólogo fingido, comedia refundida.

Blanca de Borbón, tragedia en verso original.

Camila, tragedia.

Cuántas veo tantas quiero, refundida de la obra de Avellaneda y Villaviciosa, hecha en cuatro actos.

La Dama Duende, comedia de don Pedro Calderón, refundida.

El Delirio o las consecuencias de un vicio, ópera cómica.

El enredador, traducción.

García del Castañar, tragedia refundida.

La Griselda, ópera en verso.

Guzmán el Bueno, tragedia.

El Hijo de Agamenon, tragedia.

Horacios y Curiacios, ópera en tres actos.

Juan de Calás o la Escuela de los Jueces, drama.

Las Literatas, comedia en verso.

Mahoma, drama.

Marta la Piadosa, comedia.

El mejor Alcalde el Rey, comedia.

Misanropía y arrepentimiento, comedia traducida.

Orestes, tragedia.

El pastelero del Madrigal, comedia.

Polimenes o los Misterios de Eleusis.

Por el Sótano y el Torno, comedia refundida, de Tirso.

La Pupila, Comedia.

Rey valiente y justiciero, comedia refundida.

Romeo y Julieta.

La Sevillana.

Tello de Neira, drama.

Los Tutores vengados, comedia.

La Villana de Vallecas, comedia refundida.

Virginia, tragedia en verso.

Zeilar o la familia Arabe.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.